

¿Huelgas y luchas obsoletas?

Petróleo y protesta obrera La USO y los trabajadores petroleros en Colombia (1923-2008)

En tiempos de la Tropical (t. 1),

En tiempos de Ecopetrol (t. 2)

RENÁN VEGA CANTOR,

LUZ ÁNGELA NÚÑEZ ESPINEL Y

ALEXANDER PEREIRA FERNÁNDEZ

Corporación Aury Sará Marrugo,

2009, Bogotá, 413 y 492 págs.

SIN LUGAR a dudas, en la historia sindical del país una de las organizaciones más fuertes, sino la que más, ha sido la de la Unión Sindical Obrera de Colombia. La historia de esa es el objeto del libro *Petróleo y protesta obrera. La USO y los trabajadores petroleros en Colombia (1923-2008)*, cuyo primer tomo *En tiempos de la Tropical Oil Company*, se centra en la recuperación y sistematización de la historia sindical petrolera antes de la fundación de Ecopetrol. El tomo dos retoma las luchas de los trabajadores petroleros desde 1957 al presente, para un total de once densos capítulos, unas conclusiones o reflexiones finales: “Perspectivas inmediatas”, y tres anexos a manera de listas: la de treinta y seis huelguistas condenados en el Consejo verbal de guerra de agosto de 1971; la de treinta y seis paros y luchas cívicas en zonas petroleras del Magdalena Medio, 1982-1990; y la de los setenta y tres trabajadores de la USO asesinados entre 1984 y 2006.

La respectiva investigación, muy cuidadosa, exigente y, sobre todo, recuperadora, a buen tiempo, de una valiosa información, duró cuatro años, pero sustentada en la experiencia y trayectoria de Renán Vega Cantor, y el apoyo de los coinvestigadores Luz Ángela Núñez, quien cuenta ya con cierta trayectoria en la temática, y Alexander Pereira Fernández en proceso de formación, abarcó la rica bibliografía existente sobre la USO y Barrancabermeja, incluyendo los viajeros del siglo XIX, así como algunas monografías de pregrado, en antropología e historia; un seguimiento de la actividad sindical petrolera en la prensa nacional, regional y local, tanto gobiernista como de

oposición; la aplicación de entrevistas en profundidad a personas vinculadas de una u otra forma con la USO, y la consulta de las fuentes generadas por la propia organización sindical. Magno esfuerzo que merece que esa vasta información, aunada a otra más que por años ha recopilado el profesor Vega Cantor, entre a formar un archivo especializado, cuya sede bien puede ser Barrancabermeja, o en la capital del departamento de Santander, auspiciada por la red de Bibliotecas Públicas, el Archivo General de la Nación y las petroleras, que reciba recursos y tenga posibilidad de acumular y procesar información proveniente de otras investigaciones y otras organizaciones sindicales relacionadas con el petróleo.

El conjunto de la investigación le permitió a los autores reconstruir la historia del petróleo en Colombia, abarcando el accionar de las potencias, el saqueo y apropiación de recursos naturales y territorios, por parte de las multinacionales y, sobre todo, la explotación de la clase trabajadora, ejemplo sobresaliente, desde sus comienzos, en 1916, hasta 1951, del establecimiento de una economía de enclave en regiones ricas en el hidrocarburo: el Catatumbo, Yondó, Cantagallo, Mompós, Orito, Sabana de Torres, Arauca, los Llanos Orientales, entre otros, lo que ha generado, desde el comienzo hasta el presente, la reacción, la resistencia y la lucha de los trabajadores, como la consiguiente represión. Situación que pese a los intentos y reestructuraciones neoliberales, no son cosa del pasado, sino que ha tenido, tiene y tendrá una permanente existencia, actualidad, etc., máximo en un país como Colombia, donde por cerca de setenta años se ha vivido un cambiante conflicto interior, cuya base radica precisamente en la inequidad y la injusticia social y económica.

El libro constituye un importante esfuerzo de los autores por escribir, sin el a veces acartonamiento académico, pensando en un tipo de lector específico: los trabajadores petroleros, tratando de hacerlo asequible, en lo que ayudó mucho el buen trabajo fotográfico que ilustra de manera profusa el libro, como la lectura previa de los actores involucrados; así como el hecho que en cada capítulo se recuerda y reivindica a un luchador de la causa

obrero petrolera: Martín el “motiloncito”, Raúl Eduardo Mahecha, Aurelio Rodríguez, Gonzalo Buenahora Delgado, Diego Montaña Cuéllar, Petro Montes, Sebastián López, Luisa Delia Piña, Fermín Amaya, Manuel Gustavo Chacón. Igualmente, es un importante mojón historiográfico para la historia local y regional, vista desde la a veces olvidada historia social, pues las modas historiográficas, algunas de ellas facilistas, han centrado su objetivo, su enfoque, en otras minucias muchas veces intrascendentes.

El capítulo 1 del primer tomo hace un recuento del paisaje natural del Magdalena Medio y del Catatumbo, epicentros de la historia de los trabajadores petroleros, desde antes de comenzar la era del petróleo en Colombia, en el que resalta como la explotación del hidrocarburo y otras materias primas exportables, desde mediados del siglo XIX, ha modificado esos paisajes, esos ecosistemas, inicialmente selváticos, suscitando problemas vivenciales para los pobladores. Cuenta, entonces, el aniquilamiento y/o aculturación de los indígenas yariguíes, habitantes ancestrales de la Concesión de Mares, y barí (motilonos), residentes en la Concesión Barco.

El segundo capítulo abarca el periodo 1923-1930, prestándole particular atención al análisis de la formación de las organizaciones sindicales y sus luchas, sin dejar de lado la constitución del enclave de la Tropical Oil Company (Troco) en el Magdalena Medio, a partir de la truculenta evolución de más de medio millón de hectáreas de la Concesión de Mares (1906), lo que implicó formas de dominación y explotación específicas, la consiguiente fundación de la USO, y las dos primeras huelgas del sector petrolero entre 1924 y 1927, con la incidencia en la vida cotidiana de los trabajadores.

Bien interesante es el análisis de la evolución del petróleo, que de materia de combustión pasó a convertirse en la base de la economía capitalista, lo que se evidenció en la Primera Guerra Mundial; a la par que se convirtió en motor de la expansión estadounidense en el continente americano y otras regiones del planeta, liderada por la Standard Oil Company, base de la Esso, la Mobil y otras empresas del sector, propiedad de John D. Rockefeller,

quien inició una tarea de exploración que tuvo a Colombia como una de sus bases. La Tropical, fundada en 1916, pasó a manos de la Standard y muy pronto se apoderó de la Concesión de Mares, con lo que se transformó en forma rápida el espacio y la sociedad de la región, en especial de Barrancabermeja, que de ser un corregimiento de San Vicente de Chucurí, pasó a convertirse en municipio (1922), y en un típico pueblo petrolero, en donde la prostitución tuvo un peso importante, pues debido a la explotación del petróleo hubo una gran migración interna e internacional, produciéndose una división del trabajo similar a la de la colonia: los más duros trabajos fueron encargados a trabajadores colombianos, sobre todo de origen afrodescendiente, ciertas labores técnicas las cumplieron obreros calificados de origen caribeño y antillano, también de descendencia afro, que gozaron de ciertos privilegios, lo que desencadenó conflictos interraciales e interétnicos, pero el crisol del mestizaje, étnico, cultural y social, se diversificó. Como la Troco no contrató trabajadores permanentes, a contrato indefinido, existió una enorme población flotante, que incluyó intermediarios, comerciantes, proxenetas y prostitutas.

El espacio y el tiempo agrícola y pre-capitalista muy pronto cambió a uno totalmente capitalista, se generaron continuas y prolongadas luchas por la apropiación de los selváticos baldíos, entre la Troco, interesada en el subsuelo, y los colonos, preocupados por el suelo. De modo simultáneo apareció la protesta y la lógica represión y control militar, así como una marcada división espacial y segregacionista en el hábitat: se creó un barrio *Staff*, exclusivo, lleno de lujos y comodidades donde residían los técnicos y administradores extranjeros, y otros, donde residían los obreros y trabajadores, demasiado insalubres, incómodos, circunstancia que se prolongó a toda la zona petrolera. Todos esos factores desfavorables para los trabajadores incidieron en la fundación, en la clandestinidad, de la Sociedad Unión Obrera, el 10 de febrero de 1923, y ante la negativa de la Tropical de mejorar las condiciones salariales y de bienestar de los trabajadores, se produjeron dos huelgas, en 1924 y 1927, en las que se luchó por el establecimiento

de los tres ochos: ocho horas de trabajo, ocho de estudio y ocho de descanso.

Este capítulo es particularmente importante para recuperar y entender vocablos que ahora quizá son olvidados: *trust*, enclave, imperialismo, explotación del hombre por el hombre, lucha de clases, etc. No me equivoco si afirmo que Vega Cantor, en algunas de sus obras, es uno de los pocos investigadores colombianos que se han preocupado por mostrar y rescatar el valor que en ciertas industrias capitalistas desempeñó la prostitución.

El tercer capítulo estudia el periodo 1930-1938, en el que reapareció la organización sindical, luego de tres años en que fue aniquilada tras la huelga de 1927, y la lucha emprendida para conseguir su reconocimiento legal en 1934. Es bien interesante el análisis que se hace de la política laboral de los dos primeros gobiernos de la República Liberal, y en especial del sindicalismo institucionalizado e intervencionista, promovido por la Revolución en Marcha (1934-1938), y claramente expresado en la reforma constitucional de 1936, pues se muestra que ese proyecto gubernista no copó las expectativas de los trabajadores, quienes trataron de desarrollar otras estrategias autónomas de organización. El análisis y presentación de la posición imperialista de la Troco, y la proimperialista del gobierno colombiano son presentados en detalle. La política petrolera de esos dos gobiernos también es presentada y analizada, queda claro que los dirigentes colombianos se preocuparon por regularizar la cooperación de los Estados Unidos en la explotación del petróleo y reglamentar la industria, en contra, muchas veces, de los intereses nacionales y de los obreros implicados. El estudio sobre las dos huelgas del periodo 1935 y 1938, es meticuloso, contrapone las posiciones reivindicativas y antiimperialistas de la USO, con la refractaria y totalmente violatoria de la Tropical, y expone las posiciones asumidas, muy a favor de la petrolera, o a veces ambivalentes, por el gobierno colombiano. Algunos aspectos coyunturales como la crisis económica de 1929, la guerra con el Perú, la fundación, en 1936, de la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC), y la creación del Ministerio de Trabajo en 1938, son apenas tenidos en cuenta o expuestos en

forma ligera. Una visión comparativa con otras industrias petroleras latinoamericanas, quizá México y Venezuela, las políticas y el sindicalismo, hubiese sido conveniente.

El cuarto capítulo estudia el periodo 1938-1948, cuando los obreros petroleros asumieron una posición nacionalista. Desarrolla, en un primer aparte, la representación del nacionalismo popular y obrero en las partes; rescata la figura del pintor y muralista César Sevilla, quien durante el decenio del cuarenta trató de plasmar la protesta obrera y la cotidianidad de los sectores populares. Asimismo, se recuerda al escultor José Ramón Montejo, quien al igual que Sevilla perteneció al grupo de los Bachués. Cuenta otra historia, distinta a la oficial, sobre los más conocidos muralistas y pintores colombianos: Pedro Nel Gómez, Ignacio Gómez Jaramillo, Alipio Jaramillo, Carlos Correa y Gonzalo Ariza, la de su sesgo popular y antiimperialista, que les costó persecuciones, censuras, etc. Esos artistas han sido injustamente criticados, gracias a la crítica argentino-colombiana Marta Traba, quien en aras de promover un arte moderno, fue injusta con esos pioneros del arte moderno en Colombia.

En un segundo aparte, relata y matiza la crisis de la clase obrera durante los años cuarenta, enmarcada por la huelga de la Fedenal y su derrota a fines de 1945, los primeros síntomas de la Violencia política que sacudiría al país a partir de 1946, el permanente ataque de las élites al sindicalismo que llevó a su fraccionamiento político y a una evidente debilidad a la hora de negociar. En un tercer aparte, se presenta la circulación cultural en las comunidades obreras y petroleras, recuerda la participación del dirigente obrero y popular mexicano Vicente Lombardo Toledano en varios acuerdos de los trabajadores petroleros en Colombia durante los años cuarenta. Personaje este que defendió una posición política e ideológica respecto a la nacionalización del petróleo, que tuvo fuerte influencia en los trabajadores petroleros colombianos. También, refresca la memoria sobre el poeta cubano Nicolás Guillen, quien estuvo en Colombia y otros países latinoamericanos conociendo la situación de los trabajadores, en especial de los petroleros para

RESEÑAS		
<p>el caso colombiano. La influencia de esos personajes y de otros, permitió un fluido intercambio de ideas entre obreros e intelectuales, produciéndose influencias recíprocas y convergencia de ideas, fortaleciéndose así una identidad revolucionaria.</p> <p>Un cuarto aparte desarrolla los desafíos de los trabajadores petroleros en el proceso de recomposición de la clase obrera, que se evidenciaron en la huelga de 1946, en los primeros meses del gobierno conservador de Mariano Ospina Pérez. Formalmente, la huelga de ese año arrancó el 28 de octubre, copó la totalidad de los doce mil trabajadores petroleros del país con un objetivo muy claro: conseguir un nuevo estatuto que regulara las relaciones laborales de los empresarios extranjeros del petróleo con los trabajadores colombianos.</p> <p>El quinto capítulo examina los antecedentes directos de la reversión de la Concesión de Mares, con énfasis en el papel desempeñado por los trabajadores petroleros y por la USO, cuyo nacionalismo fue fundamental en el desarrollo de los hechos que se presentaron entre 1947 y 1951 y que, a la postre, impidieron la prolongación abusiva por la Tropical Oil Company de la concesión referida, que desembocaron en la creación, por la Ley 165 del 25 de agosto de 1951, de Ecopetrol, en la que la USO desempeñó un papel protagónico importante, y que desde entonces se ha convertido en uno de los elementos petroleros de Colombia. Adelanta una acertada crítica al trabajo de Eduardo Sáenz Rovner, <i>Colombia años 50. Industrias, política y diplomacia</i> (2002). Sin conocer a profundidad el mencionado trabajo, nos parece que el libro de Sáenz, como el que nos ocupa, tienen un problema: no existe un equilibrio en las fuentes, o se privilegian los documentos emanados por los protagonistas de la élite, como es el caso de Sáenz, o al contrario, se destacan los de las clases subalternas, trabajadores, como en el de Vega Cantor, sin contrastarlos, sin enfrentarlos. Vega aporta una serie de testimonios de los trabajadores, pero ¿qué pensaban del mismo hecho, los dirigentes y funcionarios de la Tropical? ¿O del mismo Estado colombiano? Eso sí, estoy seguro, que los de la élite tienen <i>mala memoria</i> respecto a ciertos hechos, o se ofuscan al mencionárselos, para ello pongo un ejemplo</p>	<p>concreto: alguna vez dirigí una monografía de grado en Historia en la Universidad Javeriana sobre la documentación existente en la prensa acerca de la huelga de la Fedenal a mediados de los años cuarenta; la alumna tenía como llegar con facilidad a entrevistar a Alberto Lleras, pero cuando se le informó el tema de la posible entrevista, el expresidente se negó a concederla, argumentando que de eso no hablaba.</p> <p>Al igual que el capítulo anterior se le concede importancia a conceptos analíticos emanados del marxismo italiano, más claramente gramsciano; en el cuarto a la circulación cultural, en el quinto a la hegemonía, remozados por Carlo Ginzburg, el primero, y por Florencia Mallon, el segundo, y se los involucró, con acierto, en el análisis.</p> <p>Como era de esperarse, al caer la República Liberal, los conservadores en el poder cambiaron su estrategia con respecto a los movimientos obreros: se implementó la represión, se trató de destruir a la liberal CTC y se fortaleció la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC), de orientación católica y conservadora. El gobierno ya no sería mediador en las huelgas, prefería cortar de raíz el foco de los problemas, léase asesinar a los dirigentes, o despedir a los obreros en huelga. En 1947 surgieron en todo el país una ola de conflictos laborales motivados por el alto costo de vida y los bajos salarios. En forma simultánea, el crecimiento de los ingresos de los industriales y las clases dominantes, y el fortalecimiento del movimiento gaitanista, acrecentó la inestabilidad social del país.</p> <p>En febrero de 1947 se produjo un movimiento obrero contra la Tropical que se negó, pese a existir un acuerdo, a reglamentar un escalafón de ascenso para los trabajadores. El 13 de marzo se convocó una huelga por parte de la USO, que se aplazó. Luego de un tira y afloje, de forcejeos, y de una frustrada huelga general, programada para el 13 de mayo. Finalmente, el 7 de enero de 1948 se inició una huelga indefinida de los trabajadores petroleros motivada por un conflicto laboral, ya que la Tropical se negaba a cumplir con los pactos firmados, y por una política: la nacionalización del petróleo. Cuenta <i>La Comuna de Barranca</i>, surgida a propósito del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en abril de 1948 y los diez</p>	<p>días de poder popular, la fundación de Sincopetrol y la resistencia obrera contra el sindicalismo clerical (UTC) y contra la violencia desatada por el régimen conservador, tiempo en que, por segunda vez, es destruida la USO en agosto de 1951.</p> <p>El sexto capítulo se ocupa de la formación de las comunidades obreras de tipo cosmopolita en los enclaves petroleros del país.</p> <p>Los dos primeros capítulos del segundo tomo se refieren al origen y evolución de los trabajadores petroleros en otros lugares del país: el Catatumbo, que fue la segunda zona en importancia en la producción de hidrocarburos durante la primera mitad del siglo XX, cuya producción fue controlada, entre 1920 y 1975, por la Concesión Barco, que delegó la explotación en las compañías estadounidenses Colombian Petroleum Company (Colpet), y la South American Gulf Oil Company (Sagoc). La reconstrucción de la historia de la Concesión Barco muestra una serie de trampas, fraudes, y demás triquiñuelas para que la explotación petrolera fuera adelantada por empresas estadounidenses. Es otro ejemplo de la forma como funcionó la economía de enclave en el territorio colombiano, que implicó enganche de trabajadores, que afrontaron pésimas condiciones de vida, sufrieron enfermedades endémicas propias de las zonas tropicales, de transmisión sexual y otras específicas o inherentes a la actividad petrolera. La vida cotidiana en los campos petroleros del Catatumbo no fue muy distinta a la vivida en Barrancabermeja, aunque tuvo algunas específicas, como el viaje semanal a Cúcuta. La organización sindical y las huelgas comenzaron hacia 1932 y se alargaron hasta 1975, y tuvieron el mismo comportamiento de sus similares en Barrancabermeja; en total se presentaron seis huelgas (1934, 1946, 1948, 1960, 1969 y 1971) que en total suman ciento sesenta y nueve días de cese de actividades.</p> <p>Hablar de la concesión Barco y no hablar del principal referente de la familia, el expresidente Virgilio Barco Vargas, no sé si sea un acierto, pero sí se echa de menos que no se hable mayor cosa de esa familia, pues el dinero ganado en la concesión fue invertido en otras empresas e industrias, algunas un total fracaso como la desaparecida</p>

Aerocondor de Jorge Barco, otras con cierto éxito, como las programadoras de televisión y empresas de ingeniería que tuvo Virgilio Barco.

El segundo capítulo se centra en los enclaves petroleros de la margen izquierda del Magdalena Medio y el Putumayo. Reconstruye su historia y hace un recuento de las empresas extranjeras que asumieron la explotación petrolera en esos sitios, para el caso de Yondo, Casabe, Puerto Boyacá y Cantagallo, en el Magdalena Medio, la Shell/Royal Dutch, de capital holandés e inglés; y en Orito, el del Putumayo, con la estadounidense Texas Petroleum Company.

La explotación petrolera en el Magdalena Medio comenzó en el decenio de los años treinta, tiene ciertas características especiales: no fue hecha por una compañía estadounidense, no se hizo sobre seguro, es decir, en zonas donde con seguridad había evidencia petrolera; fue fruto de una exhaustiva y cuidadosa prospección y exploración a lo largo y ancho del país, por lo tanto, mucho más aventurera y pintoresca, pero igualmente lesiva para los intereses de la nación y de los trabajadores implicados, pues tanto los holandeses como los ingleses tienen mayor tradición imperialista que los estadounidenses. Es así como, por ejemplo, en Casabe, la Shell construyó un campamento con algunas similitudes a las urbes europeas, una ciudad-enclave, donde las diferencias socio-raciales y segregacionistas no tenían nada que envidiarle a las ciudades, villas y pueblos del imperio español en América, y a las de Sudáfrica. La historia sindical allí fue un tanto tardía, data de 1944, y tuvo una fuerte influencia religiosa, por ello fue entonces normal que junto a las peticiones y reivindicaciones aparecieran alusiones al evangelio. Como es obvio, el uso del tiempo libre fue diferente a los otros enclaves petroleros, se promovieron actividades al aire libre, fiestas y carnavales, competencias deportivas, todo ello patrocinado por la compañía para evitar la *contaminación* comunista, y de la cercana *ciudad de las putas*. En las dos bandas del Magdalena la influencia del gaitanismo fue grande, el asesinato del caudillo tuvo allí hondas repercusiones y la violencia partidista se hizo sentir y frenó la actividad sindical; prueba de ello fue que solo

hubo huelgas en 1948, 1962 y 1964, las dos últimas estuvieron en concordancia con movimientos similares suscitados en Barrancabermeja.

La historia del enclave de Orito, en el Putumayo, es quizá una de las más tristes; arrancó a comienzos del siglo XX con las caucheras y la Casa Arana, continuó con los capuchinos, siguió con la explotación petrolera y la Texas Petroleum Company, siendo los indígenas los más perjudicados. La Texas se vinculó al país en 1926 y al igual que la Shell en sus primeros años se dedicó a la búsqueda del petróleo; en 1941 inició la exploración geológica del Putumayo, solo en 1963 arrancó la explotación de una concesión otorgada, en 1955, por el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla, en un área de diez mil kilómetros cuadrados, durante un lapso de treinta años, lo que incluyó la construcción, en condiciones infrahumanas, del oleoducto Trasandino que comunicó a Orito con Tumaco. Junto a la explotación se generó una colonización petrolera que llevó, inicialmente, colonos provenientes de Tumaco y el Cauca, que se consolidó durante la década del setenta, y que fue funesta para los indígenas de las etnias siona y kofán. Un problema que tiene el libro es que se habla con cierta propiedad de las compañías petroleras extranjeras: Troco, Shell, Texas, etc., sobre las huelgas emprendidas contra ellas, etc., pero queda de lado un aspecto importante en la historia de la clase trabajadora colombiana, la inicua situación laboral de los trabajadores de esas empresas, no de los campamentos y enclaves, sino de las oficinas, en donde los recortes de personal, reestructuraciones, etc. han dejado por fuera a cientos de empleados, *arreglados a la berraca*.

El tercer capítulo, adelanta algunas consideraciones sobre el Frente Nacional, centradas en las represivas, antidemocráticas, represivas y anticomunistas políticas laborales, que consolidaron el clientelismo y aportaron al fortalecimiento de la violencia como única forma de expresión. Se analiza el papel cumplido por la USO, que renació, junto con Fedepetrol, luego de diez años de inactividad, con la realización, entre 1959 y 1964, de trece huelgas, de diverso carácter: reivindicativo, de solidaridad, de defensa de la estabilidad laboral, de defensa de los derechos

sindicales, y un paro cívico en 1963; se analiza el impacto del Frente Unido y de Camilo Torres y la relación de la USO con el ELN; se describen algunos aspectos culturales de los trabajadores petroleros de Barrancabermeja en el decenio de los años sesenta.

Bien importante es el análisis que se hace de la urbanización del país, producto de la migración generada por la Violencia, a partir de los años cincuenta, con el consiguiente crecimiento de la industria petrolera y de los trabajadores del petróleo, lo cual se ve reflejado en un sugestivo perfil sociológico de estos últimos en el que se analiza, a partir del machismo, distintos comportamientos y actitudes, a veces discriminatorios, para con la mujer. Se incluyen otras variables de análisis que influyen en la actividad petrolera: lo mujeriego, lo católico y creyente, el bipartidismo, el nacionalismo, que de alguna manera completa todo lo analizado a lo largo del libro sobre cotidianidad, cultura, etc., del trabajador petrolero.

La reconstrucción de la USO y de los sindicatos petroleros muestra y reivindica la permanente lucha de los trabajadores petroleros por ejercer un sindicalismo independiente, sin presiones e intervención de las empresas petroleras, para defender sus derechos.

El cuarto capítulo copa el periodo 1971-1977, es una novedad pues se utilizan las fuentes generadas por los mismos huelguistas. Se centra en dos huelgas: agosto de 1971 y agosto-octubre de 1977, en el intermedio, en 1975 se adelantó un importante paro cívico. La de 1977 fue la más larga en la historia sindical de la USO, muy vinculada con el movimiento cívico popular, al final fue objeto de la arremetida, represión y persecución militar del Estado colombiano contra los obreros, doscientos diecisiete fueron despedidos, pero de manera simultánea surgieron luchas civiles en Barrancabermeja. A raíz de esta huelga, la USO quedó prácticamente desarticulada y debilitada.

El quinto y último capítulo abarca un largo periodo, 1977-2008, en este se muestra como la USO se vinculó a otros movimientos de protesta nacional, la irrupción de los paramilitares, y el inicio de la guerra sucia contra los dirigentes populares de izquierda y sindicales de la región del Magdalena Medio, generalizando así la guerra en esa

RESEÑAS		
<p>región. Se analiza con detenimiento la huelga de 2004.</p> <p>Este capítulo es de mucha actualidad, pues refresca la memoria sobre la Violencia paramilitar en el Magdalena Medio, cuando el país está cercano a firmar un acuerdo de paz, un cese al fuego, con las Farc, por medio del cual no van a desaparecer los problemas, probablemente muchos conflictos sociales van a resurgir. Luego de la huelga de 1977 y las consecuencias nefastas para la USO, la organización centró, por cerca de cuatro años, su accionar, sin éxito, en la lucha por el reintegro de los trabajadores despedidos, los que, además, integraron una lista negra que les impidió conseguir empleo y con el tiempo fueron objeto de la guerra sucia que se desató en Barrancabermeja desde mediados de los ochenta. Se adelantaron acciones reivindicativas de bienestar de los trabajadores, pero sobre todo la USO se vinculó en forma abierta a las de tipo cívico, emprendiendo movilizaciones en pro de la mejora de los servicios públicos, la infraestructura, la atención médica, de la población barranqueña, consolidándose la unidad obrera popular, en la que confluyeron no solo los trabajadores petroleros, sino las organizaciones políticas: M-19, Partido Comunista, Moir, regionales, comunales y de mujeres pobres, se constituyeron organizaciones sociales nuevas, en especial barriales, que en 1983 conformaron la Coordinadora Popular, que fue objeto de la bárbara represión estatal y de los paramilitares.</p> <p>La Coordinadora organizó en abril de 1983 un paro cívico bien coordinado y disciplinado, cuyo objeto fue mejorar las condiciones sanitarias de la ciudad, a la vez que la USO discutía un pliego de peticiones. Con este paro renació una prolongada protesta cívica y urbana en Barrancabermeja y, en general, en el Magdalena Medio, que solo pudo ser acallada a sangre y fuego, presentándose un cambio en la protesta, de reivindicativa a la defensa de la vida. Las amenazas de muerte, los asesinatos, las masacres, se convirtieron en algo cotidiano; sin embargo, los sectores populares crearon particulares formas culturales de solidaridad, propias de la cultura rebelde y anfibia, sobre todo el sancocho comunal, las fiestas cívicas, con el fin de paliar en algo la dura situación de muerte y represión.</p>	<p>Los paramilitares, que aparecieron en Colombia a partir del decenio del setenta, comenzaron a actuar en el Magdalena Medio entre 1981 y 1982, al inicio con el grupo Muerte a Secuestradores (MAS), financiado por el narcotráfico y apoyado por los estamentos militares, varios sectores productivos y la Texas. De allí se extendió a los departamentos de Antioquia, Boyacá, Caqueta, Córdoba, Cundinamarca, Meta, Putumayo y Santander, en los que se ha consolidado un modelo de seguridad basado en la limpieza de subversivos y comunistas, lo que en los últimos veinte años ha significado el asesinato sistemático de tres mil líderes sindicales en todo el país, destruir las organizaciones de los obreros, impedir su movilización, negar las peticiones y reclamos e imponer la flexibilización laboral.</p> <p>A partir de 1978, en los tiempos del Estatuto de Seguridad, y en Barrancabermeja, los paramilitares emprendieron una violenta arremetida contra cualquier manifestación de protesta en el Magdalena Medio, convirtiendo la región en un escenario de guerra y de muerte, que por más de veinticinco años la ha azotado, siendo el sector petrolero uno de los más golpeados, pues ha sido objeto de desapariciones, masacres, violación de los derechos humanos. Allí han actuado por lo menos cuatro organizaciones paramilitares. El Estado colombiano contribuyó con la acción paramilitar mediante acciones de inteligencia; es así como entre 1991 y 1993 operó la Red de Inteligencia de la Armada Nacional, asesorada por el Comando Sur de los Estados Unidos, que organizó y realizó por lo menos seis masacres. Así mismo, mediante la Justicia sin Rostro persiguió, criminalizó y sentenció a los movimientos sociales y sus líderes, así como a los miembros de partidos políticos de oposición, ensañándose de modo especial contra los dirigentes de la USO y sus defensores, fue así como el 28 de abril de 1998 fue asesinado el abogado Eduardo Umaña Mendoza, quien en ese momento era el abogado de dieciocho sindicalistas de la organización.</p> <p>En esas condiciones tan difíciles, durante la década del noventa, la USO siguió luchando, no solo por las reivindicaciones, derechos, etc., sino por la vida misma. La protesta se politizó en torno a la defensa por la vida. A principios</p>	<p>del milenio hasta el 2008, la situación continuó: el grupo paramilitar de las Águilas Negras intimidó y asesinó a los trabajadores petroleros sindicalizados, con el argumento que eran auxiliares de la guerrilla los declaró enemigos y objetivo militar.</p> <p>Las conclusiones refuerzan la idea, siempre presente en el libro: la reconstrucción histórica de otra cara de la historia de Colombia, la de hombres anónimos que han trabajado y luchado por una Colombia equitativa y soberana.</p> <p style="text-align: right;">José Eduardo Rueda Enciso Profesor titular, Escuela Superior de Administración Pública</p>